

TREE, ISABELLE. *Wilding*. Editorial Picador. Londres, 2019.

Wilding de Isabelle Tree (Picador, Londres, 2019) puede ser interpretada como la historia de una finca. Pero estamos ante la historia de una finca contemporánea, con preocupaciones, un marco de oportunidades y un contexto que a todos nos resultará familiar.

Pese a discurrir en el sureste de Gran Bretaña, en West Sussex, y contar con unas características que escapan de lo que podríamos identificar como explotación tipo (es una antigua propiedad nobiliaria de 3.500 acres, unas 1.405 ha), nos reconocemos en los efectos y oportunidades de una PAC (Política Agrícola Común) compartida, y nos hacemos cargo de las decisiones que adoptan sus propietarios para adaptarse a un entorno cada vez más exigente.

La explotación protagonista de *Wilding*, Knepp Castle Estate, tiene mucho que enseñarnos por estar a la vanguardia de algunos de los temas relacionados con la agricultura a los que cada vez prestamos más atención. Partiendo del reconocimiento de su marginalidad productiva y de su insuficiencia para acomodarse a las exigencias crecientes del mercado, opta por renunciar a la senda de la intensificación para situarse en el polo opuesto, en la gestión de un espacio en abandono cuya vocación pasa a ser la provisión de servicios de los ecosistemas.

La autora de *Wilding*, Isabella Tree, esposa de Charlie Burrell, el propietario de Knepp Castle Estate, y, por ello, coprotagonista de esta aventura existencial, actúa como relatora cronológica de la evolución de la finca desde el año 2000, compartiendo el conocimiento que van adquiriendo y, con ello, sus dudas, incertidumbres y certezas.

Son varios los temas a los que presta atención el libro, pero quizás el principal sea la reflexión sobre los desafíos de la agricultura como proveedora de servicios de los ecosistemas y el reto de seguir manteniendo la capacidad productiva del medio sobre el que actúa. Todo ello a partir de un ejemplo de caso que se sitúa justamente en un extremo del espectro de intensidad de intervención: en el grado máximo de extensificación

que supone el abandono. Y que sucede, además, en la campiña inglesa, en un ámbito que en ocasiones idealizamos como espacio de convivencia de la agricultura con la biodiversidad o, al menos, con la biodiversidad ligada a la agricultura.

La lectura de *Wilding* tiene una enorme capacidad sugerente que a veces resulta provocadora. No tiene reparos, por ejemplo, en hacer caer la visión idealizada del paisaje agrario inglés retratada en relatos o poemas evocadores. Una Inglaterra de los setos, de las campiñas verdeantes de cereal tachonadas con ribazos de flores silvestres y de los suelos de humus esponjoso que ya no existe. O, al menos, eso es lo que nos explica con ánimo de narradora de tristezas la autora Isabelle Tree.

Pero su tristeza es una pena edificadora de esperanza, un alegato a la acción para desplazar al contexto hacia un espacio de mayores oportunidades para el campo, para la vida y para las propias personas. Como se va descubriendo, esa es la conclusión de una historia vital que comienza cuando a finales del pasado siglo la autora y su marido deciden cambiar el rumbo de su explotación agraria.

En el año 1987 Charles comienza a encargarse de la finca familiar. Tras unos años en los que intenta responder con mayor intensificación a los desafíos de rentabilidad de la finca, en el año 2000 el propietario considera periclitado el sistema de producción seguido hasta la fecha, incapaz de dar respuesta al alza de precios de los insumos, la reducción de los precios de venta de los productos lácteos y los cambios en la Política Agrícola Común. La búsqueda de alternativas le conduce a ampliar su base de conocimiento tras el reconocimiento implícito del carácter marginal de su posesión y la necesidad de asignarle una vocación más acorde con su potencialidad. Esta evolución personal le conduce a cuestionar radicalmente su estrategia de gestión, que requería la introducción continua de mejoras.

Aunque el libro no está concebido con vocación de exhaustividad documental ni tiene el formato de una publicación científica, a lo largo de sus páginas se pone de manifiesto y se reflexiona sobre los efectos que tienen los estilos y prácticas agrarias sobre el paisaje, la biodiversidad, la erosión, la cosecha de agua o el reciclaje de nutrientes. La autora no renuncia a identificar otros atributos de tipo emocional, espiritual, o como

quiera que los calificuemos, que son igualmente resultado de la actividad agraria. De este modo, traduce el aumento en Knepp Castle Estate de las parejas de tórtolas comunes reproductoras, en un contexto global y nacional de declive de esta especie, en una oportunidad para que las nuevas generaciones escuchen su arrullo y de este modo puedan captar mejor la sensibilidad expresada en las obras de Shakespeare o Edmund Spenser.

Esta historia de una finca es asimismo el testimonio de la ruta formativa de sus propietarios quienes, dejando al lado juicios preconcebidos, se abren a explorar nuevas vías de conocimiento y, con ello, están dispuestos a cambiar de perspectiva y de criterio a la hora de tomar decisiones. La autora nos hace partícipe de sus preguntas y de sus respuestas, de sus hallazgos y de sus incertidumbres, sin renunciar a poner en cuestión los fundamentos del conocimiento científico al que van teniendo acceso.

Hay que entender que este cuestionamiento es realizado desde el campo de juego de la práctica. Pero se comprende que muchos de estos apuntes, a pesar de no ser el resultado de una aproximación metodológica científica estricta, contribuyen con frescura a la crítica enriquecedora de determinadas verdades asentadas en algunas disciplinas científicas, del mismo modo que se pueden extraer lecciones derivadas de su experiencia al diseño de políticas públicas de apoyo al sector agrario o en pos de la conservación de la naturaleza.

Los autores identifican una etapa inicial en la cual los incentivos agrarios contribuyeron a generar una cultura de la dependencia en las explotaciones, cediendo una gran parte del control de la gestión a los mecanismos burocráticos. En el **capítulo 2** se expone el recorrido seguido por Knepp Castle Estate, como arquetipo de lo sucedido en la comarca de West Sussex: la finca pasó a formar parte de un ciclo productivo cada vez más intensificado que exigía la incorporación creciente de recursos que no se veían compensados por los ingresos derivados de la venta de las producciones. Todo parecía insuficiente para acomodarse al desplazamiento de la demanda del mercado: la inversión en maquinaria, en pabellones cada vez más costosos, en camiones, tanques y depósitos, en sistemas computerizados de alimentación animal... Sustituyeron la raza vacuna local Red Poll por la más productiva Holstein, lo que les permitió pasar de 6.500 litros al año a 8.500, debiendo invertir también en adquirir cuota

láctea (1,5 millones de litros). Unas inversiones llamaban a otras, viéndose obligados a cultivar directamente toda la tierra que tenían disponible, abandonando los arrendamientos y ampliando el cultivo a 2.240 acres (900 ha) adicionales.

Pese al aumento de la producción por unidad de superficie y la introducción de nuevos productos para diversificar la economía, el balance fue magro, obteniendo beneficios únicamente en dos ejercicios a lo largo de un periodo de quince años. Por otro lado, los cambios en la PAC, de manera notable la pérdida de valor de la cuota láctea y sus efecto sobre el balance de activos, contribuyeron a aumentar la incertidumbre. En este contexto se produjo la visita a la finca de un técnico forestal, Ted Green, que actuó como detonante para los cambios que se sucedieron al animarles a modificar su modelo de gestión. Tras adherirse a una primera ayuda agroambiental, el 1 de febrero de 2000 la explotación láctea cerró sus puertas. Menos de un año después la cuota láctea se desplomó hasta perder virtualmente todo su valor.

A partir del **capítulo 3** comienza la exposición de la evolución de la finca tras el abandono de la orientación agroindustrial convencional. Tanto el proceso como los resultados y, especialmente, las circunstancias sociales y personales que rodean a las decisiones son expuestos con detalle. En este sentido, es un libro plural, cuyo énfasis en la biodiversidad no debe hacernos desviar la atención sobre su carácter de historia vital, de historia de una finca como unidad de manejo y producción que busca acomodarse a un contexto actual que incorpora nuevas oportunidades y perspectivas que complementan, matizan y enriquecen la producción de bienes con valor de mercado.

Como cualquier otra explotación, para Knepp Castle Estate hubo de establecerse un modelo de gestión. Pero en los momentos iniciales del cambio este modelo estaba muy indefinido ante la carencia de conocimiento y referentes a imitar. El nuevo escenario estaba cimentado sobre todo en lo que no se deseaba hacer, en lo que se descartaba, así como en el paradigma difuso de la no intervención como nuevo concepto inspirador. Ciertamente, la necesidad de disponer de financiación obligaba a explorar las oportunidades existentes, que en un inicio procedían justamente de una PAC en evolución que ofrecía la posibilidad de adhe-

rirse a compromisos agroambientales. En base a ello se recuperaron las praderas nativas en 150 ha (370 acres) en la zona llamada Middle Block, que correspondían con la superficie de un parque recreativo y cinegético del siglo XIX (el denominado como parque Repton). Ello les obligó a aprender sobre manejo de pastizales, a controlar las adventicias ligadas a los antiguos cultivos y a traer semillas de especies pratenses desaparecidas. Una vez cercada esta parte de la finca, en 2001 estaba todo dispuesto para poder introducir herbívoros que mantuvieran el pastizal, lo que supuso una decisión trascendental que acabó por determinar la evolución del proyecto.

En el **capítulo 4** conocemos las claves que dieron lugar al modelo de restauración llevado a cabo en la finca. En ello resultó decisiva la visita que realizaron los propietarios en 1999 a la Reserva Natural Oostvaardersplassen en los Países Bajos. Lo que vieron y las conversaciones con el ecólogo Frans Vera les introdujeron en un paradigma que habían desconocido hasta la fecha: el reconocimiento de los animales herbívoros como ingenieros modeladores del paisaje, su papel como conductores en la creación y mantenimiento de hábitat y como promotores de la biodiversidad. Las 6.000 ha de esta reserva formaban parte del polder de South Flevoland (terreno por debajo del nivel del mar ganado para ser tierra de cultivo o urbanizada a través de la construcción de diques) que por una serie de razones finalmente no se habían puesto en producción. El terreno vacante se convirtió en una marisma, lo que no pasó desapercibido para la fauna; en poco tiempo se vio poblado por aves de interés, hasta el punto de que en 1989 fue reconocido como zona Ramsar. Sus gestores pronto se apercebieron de que si aquella superficie se dejaba a su aire, el terreno encharcado sería cubierto por cañaveras en pocos años y las tierras aledañas por saucedas y otras formaciones leñosas, por lo que la Reserva sufriría una transformación radical. La solución pasaba por tener contenida lo que se denomina como sucesión vegetal y, con ello, que el pastizal que había actuado como punto de interés para la biodiversidad continuara siendo pastizal. En la búsqueda de la técnica que permitiera mantener el ecosistema en este estado incipiente identificaron a posibles colaboradores a partir de una idea relativamente novedosa (en aquel momento): podían ayudar en esta función los herbívoros domésticos como las vacas y las ovejas, pero también, de modo hipotético, los

uros, los caballos salvajes y los ciervos, elementos de la fauna que había habitado Europa después de la última glaciación y que habían permitido la existencia de paisajes vegetales abiertos. De todos estos posibles colaboradores, solamente era posible disponer de modo sencillo de los ciervos; pero incluso el planteamiento de contar con uros y caballos salvajes antiguos resultó a juicio de los responsables de la gestión abordable a través de sustitutos equivalentes que los reemplazaran. En concreto, incorporaron a partir de 1983 una vacada de la raza de Heck (que procede de un experimento de los años veinte para recrear, a partir de razas actuales, lo que “debió” ser el uro) y una tropa de caballos *konik*, considerados como la raza más equivalente a los caballos salvajes de tipo *przewalski*.

Animado por el ejemplo de Oostvaardersplassen, Charles Burrell propuso en 2002 al organismo de conservación de la naturaleza inglés, British Nature, el establecimiento de un área de biodiversidad silvestre en Sussex. Solicitó fondos para cercar la superficie total (3.500 acres, unas 1.405 ha) y eliminar 200 millas de cierres internos, además de construir un puente sobre una autovía para conectar el conjunto de la propiedad. Ofrecía adquirir un compromiso a 25 años y la oportunidad de reintroducir el jabalí y, a más largo plazo, el castor, históricamente presentes en el área, pero actualmente desaparecido, cuyo papel como ingenieros de los ecosistemas en restauración se estimaba de gran interés. Pero el organismo oficial no estaba en ese momento preparado para aprobar una propuesta de ese tipo: exigían para ello fijar objetivos cuantificables, establecer indicadores de resultados y basarse en modelizaciones algorítmicas para ser convencidos de la bondad de la oferta. Como narra la autora en el **capítulo 5**, resultaba imposible aportar esta información simplemente porque las bases de la proposición distaban de estar encuadradas bajo marcos conceptuales preconcebidos o siquiera previamente explorados: se trataba de una experiencia abierta, sin final específico más allá de la expectativa de restaurar procesos naturales y aumentar la biodiversidad. Y como nunca se había llevado a cabo algo así en el Reino Unido, se carecía de referentes.

En realidad no es que no existiera conocimiento científico consolidado que permitiera defender, por ejemplo, la visión de una restauración abierta que diera un papel principal a los herbívoros. Era el mismo pa-

radigma lo que estaba en discusión, teniendo en cuenta que su base argumental se apoyaba más bien en indicios e intuiciones o, como mucho, en paralelismos con otras experiencias aisladas. En relación con este y otros temas en los que los propietarios habían de enfrentarse al déficit de lo que podría denominarse como conocimiento científico de contexto robusto, el contenido de *Wilding* es especialmente rico en argumentaciones apoyadas en referencias bibliográficas y reflexiones propias o compartidas con asesores. En cualquier caso, aunque aquella primera propuesta cayó en saco roto, en 2003 pudieron ampliar el compromiso agroambiental en base al Countryside Stewardship Scheme añadiendo superficie al Parque Repton en base a los límites recogidos en un mapa de 1754, hasta alcanzar 440 ha (1.095 acres) en las dos áreas conocidas como Middel Block y Northern Block.

Ese mismo año de 2003 acaeció un acontecimiento que resultó trascendental para la finca. La reforma de la PAC instauró los pagos desacoplados, lo que permitió que los terrenos marginales tuvieran cobertura para esquivar la obligada ruta de la intensificación. Aprovechando esta oportunidad, se abandonó el cultivo (*set-aside*) del Bloque Sur (área de la finca que no podía encajar en el compromiso agroambiental inicial de recreación del Parque Repton), dejándolo en barbecho pero conservando la ayuda del pago único con la condición de que se mantuviera la tierra en buenas condiciones de cultivo. Tal y como apunta la autora, los subsidios, que durante décadas habían apoyado la intensificación, permitían que la tierra revirtiera su uso, abandonando el arado periódico y siendo transformada en un pastizal.

El nuevo modelo de gestión para Knepp Castle Estate tomó cuerpo en ese año de 2003 con la introducción de 14 vacas y novillas de la raza Old English Longhorn, 6 ponies de Exmoor (una vieja raza emparentada con el tarpán) y, en diciembre de 2004, dos hembras de cerdo Tamworth (una antigua raza comedora de bellotas de roble y hayucos) que desempeñó el papel de raza rústica con caracteres antiguos que podría aportar riqueza a los ecosistemas en construcción a través de la creación de micronichos con sus hozaduras. Este proceso de cambio de modelo de la finca, abordado en el **capítulo 6**, comenzó a ofrecer resultados constatables en la fauna ligada a los medios agrarios. Así, el abandono

del uso de antiparasitarios de tipo avermectina permitió que aumentara la población de escarabajos peloteros y la extensificación favoreció el regreso de la alondra.

El **capítulo 7** recoge algunos de los elementos principales de las estrategias adaptativas que dieron forma al esquema de trabajo de hacer aprendiendo y aprender haciendo. El contexto normativo-burocrático determinó el alcance de la no intervención e, igualmente, el sentido de las actuaciones en cada zona de la finca, en función de los compromisos que se habían adquirido. El **Middle Block**, coincidente con el antiguo parque decimonónico **Repton**, debía conservar una formación de pastizal cuidada, que respondiera al arquetipo de lo que debería ser un parque cinegético del pasado. El **Northern Block**, vinculado también con el compromiso agroambiental al haber pertenecido al antiguo castillo de **Knepp** (aunque no había formado parte del **Repton Park**), ofrecía mayores oportunidades para las innovaciones de manejo. Convencieron al organismo oficial para que pudieran seguir un modelo más ligero de intervención, de modo que la interacción de los herbívoros (un rebaño inicial de 23 vacas Longhorns para 235 ha) permitiera rutas alternativas en la recomposición de la vegetación dando un mayor protagonismo a la aparición de matorral. El **Southern Block**, por su parte, continuó sin recibir apoyo adicional agroambiental, por lo que al no disponer de fondos para reconfigurar sus elementos de infraestructura se limitaron a abandonar el cultivo en toda su superficie (450 ha), no estando obligados a resembrar los pastizales como en las otras dos zonas. Como consecuencia de estas intervenciones puntuales, de la actuación del ganado y, en definitiva, de la relajación o abandono del manejo, se aceleraron los procesos ecológicos dando forma a lo que la propia autora describe como la generación de un lío (*mess*). El crecimiento de los arbustos espinosos favoreció el establecimiento de plántulas de robles, los insectos comenzaron a ser mucho más patentes y reaparecieron especies de aves como el escribano cerillo, el bisbita pratense o el camachuelo común. El embastecimiento del paisaje ofrecía nuevos nichos, impulsando la aparición o regeneración de elementos vegetales y animales en el tapiz del paisaje. Una forma de gestión, en definitiva, que la autora identifica con la replicación y recuperación integral de los procesos naturales de restauración de la vegetación que debieron estar implicados en la

conformación histórica de estos paisajes, alejada del modelo general de intervención en los programas de conservación de la naturaleza que se basa en actuaciones puntuales.

Las modificaciones que estaba experimentado Knepp Castle Estate no pasaron desapercibidas a los convecinos. Las consecuencias del abandono del manejo fueron percibidas como un asilvestramiento ofensivo que no encontraba más explicación que la dejación de la responsabilidad de una adecuada llevanza de la finca de sus actuales propietarios. Este enjuiciamiento crítico traducía en palabras el ajuste incómodo de la visión de la nueva faz de la finca con el epítome de la naturaleza de Inglaterra y, en concreto, de lo que implícita y consuetudinariamente debería ser el aspecto correcto de este área: un paisaje ordenado, pulcro, en donde la naturaleza y la vida silvestre habían de ocupar el lugar que les correspondía en el marco de un espacio cultivado como debe ser. Por el contrario, lo que los propietarios hacían era una aberración; habían llevado a la ruina a la explotación yendo en contra del trabajo de sus ancestros. Una carta de queja al periódico comarcal refleja bien este malestar: *“Cuando la cultivaban Sir Merrik, y después Sir Walter y Lady Burrell, era una finca admirable, trabajada por gente que estaba orgullosa de su gran nivel y su buen cuidado... Hoy en día, cuando se nos pide que obtengamos todos los alimentos que seamos capaces para evitar importaciones y ayudar a alimentar a los países hambrientos, ha convertido lo que era una finca excelente en una tierra baldía... alguien debería parar esto”* .

Esta reacción contraria de la opinión pública merece la atención de la autora, que responde ofreciendo reflexiones alternativas sobre el significado de la producción de alimentos en un contexto globalizado. Considera que a explotaciones como Knepp, que identifica como expulsadas del mercado global, no se les debería exigir lo mismo que a aquellas otras que están mejor acomodadas al sistema agroalimentario de corte industrial. Un sistema agroalimentario, arguye, que en la actualidad presenta contradicciones y graves debilidades como las altas tasas de desperdicio o la derivación hacia la producción de biocombustibles. El argumento final, apoyado por cifras y referencias de interés, llama la atención sobre que, en definitiva, la situación de marginalidad productiva y económica de la finca Knepp Castle es el resultado de un proceso global que ha dado lugar a un aumento extraordinario en la productividad agrícola

pero que, como contrapartida, ha supuesto el abandono de las tierras marginales, concluyendo que *“lo que ocurra a las tierras en abandono concierne a los gobiernos europeos: es una oportunidad sin precedentes en la historia moderna para la naturaleza, si solo pudiésemos superar los prejuicios hondos sobre lo que nuestra tierra debería ser”*.

La invasión de la hierba de Santiago (*Senecio jacobea*) en las parcelas en abandono acrecentó la mala prensa asociada al cambio de orientación de Knepp Castle Estate. Este es el motivo de arranque del **capítulo 8** en el cual la autora explica las respuestas que se vieron obligados a dar para contener esta especie de la flora nativa (con un cierto grado de toxicidad potencial para los herbívoros) en la zona del parque Repton para intentar su erradicación. Esta presión respondía en realidad, sostiene la autora, a una cuestión más profunda derivada de lo que la sociedad inglesa está preparada para ver en un paisaje como el de Knepp. Sin embargo, argumenta, habría que considerar que esta percepción está mediatizada por nuestra línea base de comparación, ya sea personal o social: *“lo que vemos de niños se convierte en aquello que queremos continuar viendo y lo que queremos que nuestros nietos vean”*. El presente, en este sentido, nos ciega y, en consecuencia, damos por sentado que el paisaje actual ha estado siempre y que la vida silvestre que nos rodea hoy en día es igual o, cuanto menos, bastante parecida o representativa de lo que fue. Se da lugar, por tanto, a una falacia en nuestro espacio de representación referencial (lo que el científico Daniel Pauly denominó como síndrome de la línea base cambiante), que construimos a partir de nuestros recuerdos o, todo lo más, de los de la generación de nuestros abuelos. Como resultado, concluye Isabelle Tree, a las generaciones actuales les resultan habituales o normales los campos vaciados de vida, mientras que a los más ancianos la contemplación del nuevo Knepp les trae a la memoria el paisaje de su niñez.

La madurez del proyecto aconsejó aumentar la capacidad de respuesta a los retos que iban surgiendo y, de paso, a la presión pública creciente, lo que es objeto del **capítulo 9**. Para ello en 2006 se creó un Grupo de Asesoramiento para el proyecto de vida silvestre de Knepp (Knepp Wildland Advisory Board). En ese momento también quedaron fijados los principios del programa de naturalización: no intervención y necesi-

dad de aceptar la incertidumbre y pensar más allá de los presupuestos y paradigmas concretos de cada disciplina científica en particular. Como lógico colofón, el Grupo Asesor definió el proyecto de naturalización (*wilding project*) como un área agrícola que ha sido dejada a los procesos naturales a largo plazo bajo una mínima intervención.

La utilización del concepto *wilding* en lugar del ya entonces pujante *rewilding* fue objeto de discusión. Se adoptó el primero de ellos porque el segundo estaba identificado con la reintroducción de grandes carnívoros como el lobo, lo que se consideró que en un proyecto incipiente como el suyo podría aumentar la confusión. Por otra parte, detectaron un cierto abuso en el uso de los términos que comienzan con “re” en el mundo de la conservación, lo que los convierte en campo abonado para la confusión y las contradicciones, sobre todo si se parte de visiones excesivamente naif que aboguen por la recuperación de un pasado inconcreto, un retorno a un estado imposible, porque carecemos de los ladrillos que componían los ecosistemas anteriores (las especies y los hábitats), y, en definitiva, porque han pasado muchas cosas en el Antropoceno como para obviarlas: “*Nuestro paisaje en Sussex está tan profundamente influenciado por los seres humanos, tan alterado históricamente y por las condiciones actuales, que solo podremos desear crear algo para el futuro a partir de los ingredientes que nos han quedado*” (p 153).

Ciertamente, continúa la autora, el proceso que podemos calificar como *rewilding* se está dando de forma natural en muchas partes de Europa respondiendo a los episodios de abandono, a lo que se le añaden las iniciativas activas emprendidas en numerosos países. Debido a ello está acrecentándose el área de presencia de muchas de las especies con mayor simbolismo, lo que a menudo provoca conflictos. Sin embargo, en muchas ocasiones la renaturalización no es fácil dada la mutación que ha experimentado el entorno en relación con las exigencias de la biodiversidad que se desea (re)instaurar.

Tres años después, en 2009, un episodio de explosión poblacional del cardo cundidor (*Cirsium arvense*) cubrió 24 ha del parque Repton. Su control no exigió intervención activa puesto que una especie natural actuó reequilibrando el sistema: la mariposa vanesa de los cardos (*Vanessa cardui*), que apareció en una oleada de innumerables ejemplares en un

fenómeno natural inusitado. De hecho, esta irrupción sirve a la autora para ejemplificar la carencia de conocimiento sobre los procesos ecológicos que se estaban activando en los campos en abandono; este episodio anómalo a escala continental dio pie al descubrimiento de una espectacular ruta migratoria que une el Círculo Ártico con el Norte de África en un periplo que cubre hasta seis generaciones del insecto. A escala de la finca, esta irrupción se tradujo en el fin de la explosión poblacional de los cardos.

Los indicadores evaluados en 2009 arrojaron resultados alentadores, tal y como se detalla en el **capítulo 10**: habían regresado a Knepp aves como el zorzal alirrojo, el zorzal real, el pardillo alpino, el ánade friso, la agachadiza chica, la becada o el cuervo, algunos de ellos en la Lista Roja de Especies Amenazadas del Reino Unido. También se podían observar a 13 de las 18 especies de murciélagos del país. De hecho, los 3.500 acres (1.405 ha) de la finca en proceso de naturalización podrían formar parte de 15 Planes Prioritarios de Acción en Biodiversidad correspondientes a 4 especies de murciélagos y 11 de aves. También se registraron 60 especies de invertebrados de interés para la conservación y se añadieron 76 nuevas especies de lepidópteros al catálogo faunístico de la explotación, sumando un total de 276. Entre ellas, descubrieron la presencia de la tornasolada (*Apatura iris*), reconocida como la mariposa más espectacular del Reino Unido, que mostró una evolución tan favorable que en 2018 se registró la mayor colonia nacional de esta especie. Y todo ello sin que los científicos que asesoraban a los propietarios pudieran identificar qué factor o factores del medio ambiente habían cambiado lo suficiente como para convertir la antigua área agrícola en un espacio más propicio para la tornasolada.

También aparecieron especies exóticas, suscitando reflexiones en relación con la valoración que reciben este tipo de especies y el papel que pueden tener en un espacio que se está abriendo a nuevos nichos. La autora, como en otros temas, no rehuye la polémica, siendo fiel a las conclusiones que extrae de su propia experiencia: *“deberíamos dejar de pensar en que podríamos volver las manecillas del reloj a alguna edad prístina, prehumana de oro, incluso si tuviéramos alguna idea de que cómo era este estado prístino. En lugar de ello, deberíamos centrarnos*

en sacar lo mejor de este nuevo y audaz nuevo mundo que nos invade” (p. 172).

Entre tanto, en 2010 expiraba el periodo de compromiso agroambiental bajo el Countryside Stewardship Scheme para el Middle y el Northern Block. Aplicaron entonces para solicitar una ayuda que suponía un escalafón más exigente en cuanto a compromisos, el llamado Higher Level Stewardship, lanzado en 2006. Su solicitud no fue aceptada porque el territorio natural en construcción Knepp no formaba parte de ninguna de las áreas que habían sido declaradas como objetivo para la restauración de hábitats bajo este esquema. La visita de un funcionario del Natural England permitió desbloquear la situación, al valorar que, independientemente de la incapacidad de poder encuadrar la nueva Knepp Castle Estate en alguno de los hábitats oficiales, la experiencia de naturalización era justamente el tipo de ejemplo que se buscaba apoyar mediante ese programa de ayudas. Gracias a ello pudieron incorporar al programa de ayudas agroambientales al conjunto de la finca en un acuerdo para 10 años. De este modo, el South Block, que había estado sujeto al *set-aside* y que mostraba signos de restauración vegetal, entró a formar parte de los compromisos, siendo cercado, e incorporando como actores del proceso de restauración a 53 vacas Longhorn, 23 ponis de Exmoor, 20 cerdos Tamworth y 42 gamos.

El **capítulo 11** está dedicado a una de las especies más representativas de la avifauna europea: el ruiseñor. Como recoge Isabelle Tree, sus poblaciones han experimentado un declive drástico, reduciéndose en el Reino Unido su número en un 91% entre 1967 y 2007, lo que está convirtiendo en tarea imposible repetir la experiencia sensorial que deleitó a lo más granado de la poesía en lengua inglesa: Shakespeare, Milton, Matthew, Coleridge, Tennyson, Shelley, Keats o T. S. Eliot. Las causas últimas de esta desaparición no son aún suficientemente conocidas aunque, como ocurre para otras especies familiares, tienen que estar relacionadas con los cambios en el manejo del territorio de las últimas décadas. La situación en Knepp, de hecho, introduce desconcierto para el conocimiento científico actual puesto que su recuperación en la finca no está relacionada, aparentemente, con la restauración del hábitat considerado como propicio (bosques), sino que aparece en los campos abiertos proceden-

tes del abandono agrícola. Sea cual fuere la razón, o el conjunto de razones, bajo el nuevo manejo de la explotación se han censado 34 territorio de ruiseñor en Knepp, lo que supone entre el 0,5 % y el 0,9% de estas aves en el conjunto del país. La autora aprovecha esta circunstancia para llamar nuevamente la atención sobre la complejidad de la respuesta de la naturaleza, su impredecibilidad y su falta de respeto a encasillamientos preconcebidos, incluso cuando forman parte del acervo del conocimiento científico.

Con las tórtolas comunes (**capítulo 12**) el resultado del cambio de manejo en Knepp ha sido igualmente llamativo. En la actualidad, la población total en Gran Bretaña se estima en unas 5.000 parejas (cuando hacia 1960 se estimaba que había unas 125.000 parejas), con un abrupto declive en los últimos años (un descenso del 60% entre 2005 y 2010); en contrapartida, en Knepp Castle Estate se ha pasado de no tener ninguna a tener dieciséis ejemplares cantando en 2017.

Los factores que han sido propuestos para explicar esta evolución son complejos (bajas debido a la caza en la ruta migratoria, competencia con la tórtola turca, incidencia de un protozoo parásito, alteración del hábitat en los lugares de invernada en África, etc.), existiendo una gran incertidumbre en el grado de participación de cada uno de ellos. Lo que es evidente, subraya la autora, es que este declive es particularmente acusado en el Reino Unido en comparación con otros países de Europa. Estas incertidumbres y carencias de conocimiento son confrontadas con la experiencia de los propietarios a raíz del cambio de manejo en la finca, quienes extraen consecuencias que, como en el caso del resto de pasajes del libro, no tienen la pretensión de convertirse en evidencias científicas, pero invitan e incitan a la reflexión.

¿Qué ha ocurrido en la explotación para que se haya convertido en un espacio más favorecedor para la tórtola común? La explicación la encuentra la autora en el cambio en las prácticas agrarias y, con ello, en la ruptura del modelo de vegetación ligado a la agricultura convencional. La aparición de hierbas ruderales o malas hierbas y de matorrales amplía el abanico de la dieta de la tórtola, que en los últimos años se habría escorado excesivamente hacia una alimentación granívora. Intuye la autora que la alimentación considerada como estándar en la actualidad para la

tórtola común (granos) y el tipo de hábitat pretendidamente adecuado (campos de cultivo) son el resultado de una desacertada identificación de la línea base, al haberse perdido los hábitats y las fuentes de alimentación que eran más propicios para este ave. En definitiva, concluye, la raíz de su declive poblacional hay que buscarla en la notable reducción de la disponibilidad de superficie con alimentos adecuados, distintos a las semillas cultivadas.

El declive de la tórtola común sirve a la autora para exponer una mirada crítica sobre los programas de conservación de la naturaleza que podríamos denominar oficiales o reglados. En 2015 recibieron la visita de un proyecto de conservación nacional llamado Operación Tórtola Común cuya finalidad es revertir la reducción poblacional de una de las aves agrícolas más queridas de Inglaterra. La propuesta fue desechada por los propietarios por considerada irrealizable: debían sembrar anualmente cierta superficie con una mezcla de trigo, colza, alpiste y mijo. Este modo de actuar, aparte de confiar posiblemente en exceso en el aporte del trigo a la dieta de la tórtola, introducía una especie foránea (el alpiste) y, lo que suponía un riesgo mayor a largo plazo, imponía un esfuerzo mantenido en el tiempo para suministrar alimentación extraordinaria a las aves. A juicio de Isabelle Tree, estas actuaciones de tipo permanente nos enfrentan a interrogantes de difícil, pero insoslayable repuesta: ¿qué ocurre si se detiene la alimentación extra? ¿quién sería el responsable de su declive en caso de interrumpir la intervención?

Las lecciones aprendidas a partir de su modelo de gestión lleva a la autora a concluir que “*uno de los errores más notables de las acciones de conservación en Inglaterra en el siglo XX ha sido concentrar los esfuerzos en especies individuales y descuidar los ecosistemas*” (p 202). Pero, como apunta a continuación, y a pesar del reconocimiento en documentos oficiales como el informe *Making Spacie for Nature: a Review of England’s Wildlife Sites and Ecological Network* y el Libro Blanco “The Natural Choice” de 2011, la necesidad de un planteamiento a gran escala de las actuaciones de conservación, diseñando áreas de conexión y bajo el principio de incorporar resiliencia a los ecosistemas, no se está viendo reflejada en actuaciones concretas. Por el contrario, el diagnóstico que ofrece la autora sobre la incorporación real de este planteamiento

en las políticas públicas no resulta positivo: *“En los seis años que han transcurrido desde “Making Space” han pasado cuatro Secretarios de Estado que han hecho pocos esfuerzos ambiciosos y sin continuidad de pensamiento (...) en la actualidad se dispone de un volumen sustancial de documentos políticos, las palabras están escritas, han madurado los sentimientos, pero falta el impulso y la voluntad política (...)”* (p. 207).

La naturalización del río Adur, que discurre por la finca, es motivo de exposición en el **capítulo 13**. A raíz de las precipitaciones del año 2000 (el más lluvioso desde que se tienen registros, que comenzaron en 1766) se inundó la comarca de Sussex, poniendo en evidencia la fragilidad del sistema de drenaje de este área, otrora encharcadiza. El río Adur ha sido intensamente modificado; con su encauzamiento perdió dos de sus rasgos de identidad: se trataba de un río mareal, que permitió hasta la Edad Moderna el tránsito de embarcaciones de cabotaje, y estaba asociado a una extensa llanura de inundación que laminaba los eventos catastróficos. Esta transformación comenzó a inicios del siglo XIX, en el contexto de un programa de construcción de canales que sirvieran para la navegación interior, y se intensificó a mediados de este siglo dentro de un proceso también general de reclamación de terrenos inundables para su puesta en cultivo y para disponer de unos pastizales más secos e higiénicos para los animales y que permitieran un aprovechamiento más dilatado en el tiempo. Este sistema de drenaje de tiempos victorianos, se ha mantenido con periódicos mantenimientos y reparaciones a lo largo de los siglos XX y XXI.

La restauración de Knepp Castle Estate incluyó varias actuaciones (algunas se habían implementado previamente al año 2000): la eliminación de los drenajes en algunas áreas especialmente propensas a la inundación, la creación de charcas y lagunas y, de modo particular, la eliminación del canal artificial por el que discurría el río Adur, creándole un nuevo cauce con orillas más suaves que permitiera el establecimiento de vegetación y el acceso a la fauna y, sobre todo, el restablecimiento parcial de la laguna de inundación. Con ello, el organismo de cuenca salía beneficiado, dado que no tendría que realizar el mantenimiento del cauce, y se aportaban servicios adicionales a la comunidad local, al permitir disipar los efectos de futuras inundaciones.

El proyecto de naturalización de Knepp fue adquiriendo conocimiento, respeto y prestigio entre los naturalistas, los científicos y los organismos administrativos. Incluso la población local comenzó a mirarlo con otros ojos. En todo caso, las nuevas propuestas para enriquecer el diseño de naturalización en que estaban implicados los propietarios o el Comité Asesor creado al efecto seguían dependiendo de los procedimientos de decisión oficiales, como la intención de introducir castores en el río, abordada en el **capítulo 14**. Aunque posiblemente sea más apropiado hablar de reintroducción que de introducción, puesto que el último registro en Gran Bretaña de esta especie data de 1789, una proposición de este tipo, característica del *rewilding* propiamente dicho, debe cumplir la normativa de conservación de la biodiversidad y de evaluación ambiental, lo que en el caso del castor resulta aleccionador por la valoración de las posibles implicaciones sobre otros sectores que pueden verse afectados por la (re)aparición de esta especie. Se entra, en definitiva, en el campo de juego de las consecuencias que tiene la vuelta a la naturalidad de un territorio y los efectos de las nuevas especies de fauna y flora (sean (re)introducidas o procedan de colonización espontánea) sobre las actividades presentes. Los efectos potenciales del castor, en este sentido, se deben a su potencial de modificar el régimen hídrico de los ríos, convirtiendo en inundables los espacios adyacentes a las zonas en donde localiza sus presas. La experiencia de los Burrell en relación con esto es también aleccionadora al compartir el aprendizaje derivado de entrar en conocimiento de las introducciones realizadas en el Danubio y Escocia. Pese a sus esfuerzos, no lograron convencer a la autoridad administrativa; sin embargo, la aparición en 2014 de una población procedente de posibles escapes de cautividad en un río próximo introdujo un inesperado giro en el desarrollo de esta cuestión.

El relato cronológico de las vicisitudes por las que pasó la finca desde 2000 pone de manifiesto que el cambio en el sistema productivo hacia el abandono como extremo de la extensificación no supuso realmente un abandono total de la gestión, sino una modificación en el modelo de manejo. Se identifica, por otro lado, como impulsor económico del cambio las subvenciones agrarias de una PAC reformada que hicieron posible tanto el *set-aside* de una parte de la explotación como el acogimiento a un esquema agroambiental que paulatinamente fue extendiéndose a

una superficie mayor de la finca hasta englobar a todo su territorio. Se colige, por otra parte, que el perfil de los propietarios y de su propiedad resultan particulares por lo que se debe introducir un plus de prudencia al valorar la historia de la finca y su potencial ejemplificador: al constituir una herencia nobiliaria, su gestión está sujeta a criterios que en algunos casos aportarán mayor rigidez a las decisiones, pero que en otros actuarán favoreciendo la estabilidad de la finca como un conjunto.

En todo caso, como se evidencia en el relato de *Wilding*, Knepp Castle Estate, no se puede eludir las esclavitudes del mercado y la necesidad de ofrecer un balance económico saneado que haga posible, al menos, su mantenimiento. De hecho, uno de los principios declarados en los que se basa el modelo de actuación es no comprometer a largo plazo la posibilidad de reorientar en el futuro el tipo de gestión de la finca, del mismo modo que los actuales propietarios adoptaron la decisión en su momento de introducir un planteamiento rupturista. En definitiva, el cambio de modelo de gestión no significó la renuncia de los propietarios a obtener rentabilidad económica de la explotación (si bien se reconoce el papel protagonista que se otorga a la financiación externa vía subvenciones) y, de hecho, se empeñan en encontrar nichos económicos que remuneren sus activos.

De esta búsqueda y de las reflexiones derivadas se ocupa el **capítulo 15**. Como se colige a partir de diversos pasajes de la obra, Knepp Castle State diversificó sus fuentes de recursos económicos, incorporando el turismo rural y el arrendamiento de las edificaciones. También abrió una línea de negocio para comercializar la carne de las vacas Longhorn, reconociendo su carácter orgánico y su alimentación con pasto (*"pasture fed"*); con ello se enfrentó a uno de los retos principales del manejo de los herbívoros silvestres en los programas de naturalización: la eliminación de los animales que sobrepasen la capacidad de carga del ecosistema. Porque sin depredadores que actúen sobre ellos, los animales se exponen a episodios drásticos de reequilibrio sufriendo hambrunas o epidemias (de hecho, esto ha constituido a la postre el punto crítico de la experiencia de la Reserva Natural Oostvaardersplassen expuesta en el capítulo 4, hasta el punto de ser duramente descalificada puesto que sus promotores abogaron por una no intervención estricta, lo que suponía

dejar abandonados en el campo los cadáveres de los animales muertos, dando lugar a una situación rechazable para la inmensa mayoría de la opinión pública). En este sentido, *Wilding* es una nueva invitación a la reflexión al tocar cuestiones que son objeto de grandes polémicas en un presente en el que se ha abierto el abanico de respuestas a los retos que suscita el consumo de carne animal, desde la elaboración de carne artificial al veganismo: “*No deberíamos eliminar los animales de nuestra dieta, sino ser conscientes de que estamos consumiendo la alimentación incorrecta (...) Más bien que rediseñar el futuro, podríamos tomar la sabiduría del pasado. Podríamos comer menos carne, y retornar a los métodos tradicionales de criar animales*”, concluye la autora (p 252).

Si con las vacas los propietarios han encontrado una ventana de oportunidad, con la comercialización de la carne, los ciervos y los caballos les plantean dificultades que aún no han podido solucionar. En cuanto a los ponis de Exmoor, se topan con el tabú alimentario inglés a la carne de caballo por motivos psicosociales, aunque la autora reconoce una cierta tendencia al cambio en los últimos años. El caso de los ciervos es interesante porque manifiesta la pérdida casi absoluta de la tradición cinegética en Gran Bretaña, lo que hace que resulte muy difícil incorporar el manejo la caza. Sin caza y sin depredadores, la población de ciervo se podrá disparar, incidiendo sobre la recuperación de la vegetación: “*Necesitamos predadores*, remata la autora, pero, “*¿cómo hacerlo en una explotación aislada que, además, tiene uso recreativo?*”.

Conforme avanza la restauración de Knepp, los indicadores de biodiversidad ofrecen resultados cada vez más elocuentes. Para 2014, como se recoge en el **capítulo 16**, están presentes las cinco especies de rapaces nocturnas de Inglaterra, el halcón peregrino, chotacabras...; también retorna el tejón y es más frecuente el avistamiento de reptiles como el lución, la culebra de agua o las diferentes especies de sapos, ranas y tritones. Los insectos muestran igualmente una evolución positiva: un inventario de 2016 arroja la cifra de 62 especies de abejas y 30 de avispas. Obviamente, no hay que menospreciar el hecho de que en Knepp Castle State se lleva a cabo un gran esfuerzo de monitoreo, sin parangón en otras localidades; pero, en todo caso, los dígitos que manifiestan la evolución a partir del año 2000 de los indicadores de biodiversidad resultan muy ilustrativos.

En el recorrido de la historia reciente de la finca llega el momento de prestar también atención a especies menores y más esquivas de contactar como los pequeños mamíferos (armiño, comadreja, turón, musaraña de agua). La medición de indicadores cuantitativos que podríamos calificar como fácilmente implementables y objetivables muestran asimismo signos de evolución: en el Southern Block, las imágenes aéreas evidencian un aumento de la cobertura de bosque y matorral desde el 10% de 2000 al 35% de 2012 y el 42% en 2016. No obstante, como la autora pone de manifiesto, conviene situar en contexto estas cifras puesto que la propia definición de bosque y matorral es engañosa: la vegetación es mucho más compleja que esas categorías ante la evidencia de que en el interior de estos tipos de vegetación hay una riqueza de sitios que los sistemas de medición no detectan pero que tienen gran importancia para determinados objetivos ecológicos o productivos: subraya, por ejemplo, la presencia de pastizal bajo el dosel de vegetación leñosa que es regularmente pastoreado por los animales. Por otro lado, la evolución de estas variables hay que situarla en el espacio de referencia de los objetivos fijados; por ejemplo, si el aumento de la vegetación leñosa continúa, se podría dar lugar a un estancamiento en la ruta de adquisición de complejidad de los ecosistemas en restauración. En definitiva, la autora parece querer advertirnos de los riesgos de convertir el sistema de medición y los indicadores en el fin perseguido.

Es momento también para que los propietarios vuelvan la mirada hacia el suelo, enriqueciendo su conocimiento sobre la fauna de lombrices, hongos y microorganismos que construyen la fertilidad edáfica; de nuevo, el libro ofrece reflexiones y aporta claves e información de referencia actualizada para profundizar en estas cuestiones. Presta especial atención a las lombrices, seres que Aristóteles calificó como los intestinos de la tierra y que fueron objeto de estudio minucioso por Charles Darwin. Apunta que se ha descuidado en las últimas décadas el reconocimiento de su importancia, y que este olvido ha tenido efectos perversos sobre su capacidad para actuar como una herramienta productiva: *“a partir de 1950, la agricultura industrial mundial se convenció de que podría funcionar sin lombrices o cualquiera de los otros organismos que naturalmente habitan el suelo”*, plantea la autora (p. 276). Recapitula asimismo sobre otras funciones de los suelos vivos como almacenar carbono, aportar micro-

nutrientes a los alimentos, evitar la erosión... No es de extrañar, por consiguiente, que el programa de naturalización de Knepp incorpore como objetivo la restauración de los suelos, fijando como meta convertirlos de nuevo en un medio vivo.

Como sugerencia final de este capítulo, Isabelle Tree recoge la propuesta de Gwil Wren, un asesor de la finca procedente de Natural England, de generar una red de tierras degradadas en recuperación (*pop-ups Knepp*) que mediante la restauración cíclica por naturalización durante un periodo prolongado de tiempo 20 a 40 años (o incluso más) permita recuperar el suelo a través de procesos naturales para después retornarlo a la producción agrícola. Mediante una planificación a escala comarcal se podría establecer un esquema de rotación a largo plazo de parches de tierra en recuperación, de modo que cuando se sustrajeran de la etapa de naturalización fueran reemplazados por nuevos parches, sin que la biodiversidad u otros servicios de los ecosistemas sufrieran merma.

El capítulo final del libro (**capítulo 17**) aborda como conclusión el tema que de una forma velada constituye uno de los principales hilos argumentales del modelo de gestión puesto en práctica en Knepp Castle Estate: el valor que le damos a la naturaleza y cómo lo medimos.

Atendiendo a estudios realizados ex profeso, el recorrido seguido por la finca en los dieciocho años transcurridos desde que la gestión convencional fuera abandonada ha permitido aumentar la provisión de servicios de los ecosistemas. La naturalización está en marcha; los índices de biodiversidad dan buena prueba de ello. Se ha acrecentado incluso el potencial recreativo de la finca, aumentando los senderos transitables. Pero como parte de una programación pendiente para el futuro, la autora enuncia algunas de las asignaturas pendientes. Echan de menos elementos que continúen aportando complejidad ecológica: faltan el jabalí y el castor; a largo plazo, incluso se podría plantear introducir bisontes. También sería deseable incorporar un matadero, de modo que las vacas y los cerdos no tuvieran que salir de la explotación; se podría comercializar carne procesada de los ponies. Sería fundamental construir puentes sobre la autovía para conectar los hábitats. E, incluso, incorporar a vecinos al esquema de naturalización de manera que el área restaurada tuviera una mayor continuidad y adquiriera una dimensión comarcal.

Entre los indicadores de medición de resultados de la experiencia, la autora destaca la atención creciente que le prestan los medios de comunicación y, en general, la opinión pública. También los científicos y los técnicos se están fijando en lo que está ocurriendo; incluso la burocracia ha incorporado el modelo Knepp en sus procedimientos. Todo ello ha sido posible en gran medida gracias a la presencia de especies emblemáticas que han dado visibilidad al proyecto. La alondra, el ruiseñor, la mariposa tornasolada o la carismática tórtola han tenido responsabilidad en ello. Posiblemente uno de los mejores indicadores de resultados haya sido que la percepción social de los convecinos ha comenzado a cambiar.

Sin embargo, Isabelle Tree no elude sacar a la palestra indicadores preocupantes que subrayan el alejamiento cada vez mayor de la sociedad respecto a la naturaleza. En síntesis, viene a alertar que se está perdiendo la experiencia colectiva de una niñez familiarizada con el canto del ruiseñor o el arrullo de la tórtola común. Una pérdida que es también de conceptos, de palabras, de referentes culturales. Al carecer de oportunidades para que se forjen vínculos y sentimientos de este tipo (identificados en diferentes disciplinas científicas, pudiendo tomar como ejemplo el concepto biofilia de E. O. Wilson), estamos impidiendo que haya opiniones futura concernidas y preocupadas por la conservación de la naturaleza, especialmente de la más próxima, la naturaleza de la línea base de nuestra infancia.

La autora llama la atención sobre el hecho de que si la iniciativa de restauración de Knepp Castle Estate ha captado la atención es porque en buena medida responde a la recuperación o potenciación de un modelo de paisaje que la sociedad identifica como arcádico: la pradera del antiguo parque cinegético Repton o el espacio teselado con arbolado disperso, característico de las sabanas o de nuestras dehesas. Pero resulta más difícil de asumir la restauración de paisajes cuya imagen final sea más desordenada, que nos aporte menos armonía. De hecho, la naturalización de Knepp tiene entre sus principales detractores a aquellos que defienden la estabilidad de los paisajes culturales actuales, aquellos a los que se está habituado y que son el reflejo de la línea base elaborada a partir de los recuerdos recientes de la experiencia propia o, todo lo más, de las generaciones precedentes. Unos paisajes culturales que idealizan

lo que la naturaleza humanizada a través de las prácticas agrícolas debería ser, los cuales son, en opinión de la autora, también relevantes y hay razones para su conservación, pero que, subraya, no deberían esconder el valor de otros paisajes culturales anteriores que hemos olvidado. Esta es la razón última por la cual el proyecto de naturalización de Knepp cobra sentido: situar más atrás en el tiempo la línea base para fijar como objetivo restaurar un campo más rico, con más elementos en comparación con aquellos paisajes que nos acompañaban desde tiempos más cercanos.

De forma honesta, la visión del modelo Knepp no confía en la identificación de las pretendidas señas de identidad o en los atributos de un pasado que desconocemos y que apenas nos ha dejado algunos indicios. En este sentido, la naturalización (*wilding*) que propugna el modelo de Knepp Castle Estate está unida indisolublemente al concepto de pensar haciendo, dejando a la naturaleza al volante del proceso de restauración y adoptando una posición más bien de acompañamiento que permita, en la medida de lo posible, obtener resultados (muchas veces inesperados) que atiendan a finalidades múltiples como recuperar biodiversidad, regenerar suelos vivos y proporcionar en general un mayor número de servicios de los ecosistemas, incluidos los de provisión de alimentos de calidad. Para ello se debería primar el seguimiento de los procesos ecológicos, evaluando cómo de bien o mal funciona un territorio para, en su caso, realizar intervenciones puntuales. Ello obligaría a que en lugar de establecer sistemas de medición de productos o de servicios simples como hasta ahora (en particular la obtención de productos con valor de mercado), se evalué para cada contexto el grado de consecución de múltiples servicios.

En las reflexiones finales no falta una mención a la salida programada del Reino Unido de la Unión Europea. Si por un lado se reconoce la importancia capital que ha tenido la pertenencia a la UE en materia de protección de la naturaleza, las especies y los hábitats, por otro se atisba la oportunidad de disponer de autonomía para reconsiderar la política agraria y rediseñar los incentivos en el sentido de dirigir los esfuerzos a actuaciones que redunden en promover procesos de restauración allá donde se estime oportuno.

Knepp Castle Estate, en resumen, se presenta como un ejemplo de modelo alternativo de gestión de las tierras marginales, con una interven-

ción orientada a dirigir el abandono hacia la consecución de objetivos medioambientales y que haga posible la restauración de los recursos (entre otros, el suelo, permitiendo renovar a medio y largo plazo el potencial productivo para la actividad agrícola). Esta experiencia cobra mayor sentido si se inscribe en un patrón territorial en mosaico, de modo que las actuaciones en pro de la biodiversidad en una finca concreta sean beneficiosas para los terrenos con vocación productiva de las explotaciones circunvecinas, en un esquema de tipo *win-win*. Un modelo apropiado para tierras marginales que no sean útiles para la producción de alimentos bajo el esquema de la agricultura industrial y que ofrezca retornos como disponer de recursos hídricos, mitigar inundaciones, incrementar el secuestro de carbono, reciclar los nutrientes o acrecentar la biodiversidad. Pero todo ello solo es realizable si existe apoyo económico para financiar la transición y para mantener las rentas y disponer de capital para impulsar o redirigir los procesos de restauración: “*you can´t bee green if you are in the red*” (p 301).

Los temores para que este modelo sea replicado son numerosos incluso para las tierras claramente marginales: identificación de lo silvestre como abandono, deseo de preservar el estatus quo de los paisajes y los modos de producción, miedo a lo desconocido y a la pérdida de control, desconocimiento de los procesos implicados, insuficiencia técnica y de respuestas científicas a los retos planteados... Temor también a la intromisión de la burocracia en las decisiones de manejo privado: a este respecto, la autora muestra su preocupación por las consecuencias que tendría sobre la autonomía de su modelo de gestión la declaración como área protegida. Porque ciertamente el carácter pionero de Knepp Wildland y los resultados obtenidos han actuado como impulsores para que el proyecto haya mantenido su inercia como experiencia basada en un acercamiento de mente abierta. La Administración incluso ha llegado a admitir su flexibilidad y adaptabilidad. Pero llegado el caso en que se pierdan estas señas de identidad innovadoras, la autora teme que el proyecto de restauración sea víctima de su propio éxito si, por ejemplo, fuera exigida la fosilización del sistema en base a la definición de unos hábitat o ecosistemas que sean objeto de conservación.

Los retos son ineludibles. En Knepp Castle se han podido hacer las cosas de este modo gracias sin duda al empuje y visión de sus propietarios,

pero también a que la estructura de la propiedad lo permitía: han podido mantenerse fieles al principio de preservar el patrimonio familiar. Pero en el futuro las decisiones de las nuevas generaciones pueden que sean otras, por lo que la autora aboga por un modelo de gestión que no genere consecuencias irreversibles.

Las reflexiones finales de *Wilding* entran de lleno en una cuestión de fondo que gravita sobre toda la historia reciente de la finca: si no es posible medir de modo alternativo variables como productividad, prosperidad, sostenibilidad, beneficio y pérdidas, no se podrá justificar el interés social de actuaciones de restauración como las emprendidas en Knepp de modo piloto. Lo que conduce a la necesidad de disponer de metodologías para la contabilización del capital natural y el diseño de pagos por servicios ambientales que remuneren su provisión por parte de las propiedades privadas. Hay que entrar a la cancha de juego de la valoración económica monetaria de la naturaleza y lo que nos ofrece, porque, aunque pueda ser objeto de crítica, lo que está demostrado que no funciona, apunta la autora, es confiar solamente en la protección de la naturaleza por sí misma, por su importancia, belleza o por compromiso ético. Cuando la naturaleza es evaluada como nada, reflexiona Isabella Tree, cuando es invisible para la economía, el sistema invariablemente la esconde. En este reto se está trabajando, concluye, pero es preciso redoblar los esfuerzos.

Los apuntes finales de este libro de memorias de una finca y de sus propietarios recogen reflexiones que parten de la experiencia personal de los propietarios de Knepp Castle Estate, pero en las cuales es fácil reconocerse. Bajo su sistema de gestión inicial, *“Charlie y yo no éramos destructores de la naturaleza porque sí, sabemos que la historia de Knepp ejemplifica lo que ha pasado en los últimos 70 años en Europa. Simplemente no teníamos incentivos para pensar de otro modo, no teníamos medio para identificar cómo funciona la naturaleza o sus beneficios... Como todos, nos considerábamos guardianes del estado de conservación de la tierra, pero sintiendo que esa naturaleza que creíamos cuidar no entraba a forma parte de los negocios de nuestra explotación. La naturaleza era algo que pasaba en algún otro lugar, más allá de la economía ligada a nuestro ejercicio de la agricultura. Viajábamos por el*

mundo para contemplar lo salvaje, pero estábamos ciegos sobre lo que hacíamos en nuestro patio trasero. Y si el modelo de agricultura intensiva hubiera seguido siendo rentable, indudablemente hubiéramos continuado haciendo lo mismo” (pp 305-306).

Al cerrar el libro es imposible no sentir una sensación de empatía con el esfuerzo llevado a cabo en este trocito del sur de Gran Bretaña. Esfuerzo en la acción y en la no intervención. Esfuerzo en la visión y en la imaginación. Pero, sobre todo, esfuerzo en la comprensión y en la búsqueda. Porque una historia vital como la compartida por Isabella Tree, en su nombre y en el de su esposo Charlie, ofrece mucho material para la controversia, para el debate y para la crítica. Nos interpela, hace que nos resulte insoslayable detenernos a recapacitar sobre el devenir de nuestras actuaciones y la capacidad de influencia que tenemos para contribuir a crear espacios agrícolas vivos o, al contrario, para favorecer el silencio de los campos. Nos conmina a la reflexión y a la intervención (o, con frecuencia, y como hemos visto, a la no intervención). Y de manera particular, nos invita a que en las decisiones que tengan que ver con la modificación de la naturaleza a través del ejercicio de la agricultura consideremos como criterio inspirador incorporar acciones que vayan a favor de la vida, aportando soluciones concretas para cada caso: para las tierras marginales, pero también para las tierras con vocación productiva. Así se llega a comprender mejor la elección de la imagen de la portada de *Wilding*: como no podía ser menos, una grácil tórtola nos recuerda que su arrullo puede convertirse en símbolo de recuperación, reparación y renacimiento.

JOSÉ RAMÓN GUZMÁN ÁLVAREZ

Dpto. Restauración de Ecosistemas, Consejería de Agricultura, Ganadería,
Pesca y Desarrollo Sostenible, Junta de Andalucía.